

INVESTIGAR, SÍ, PERO ¿PARA QUÉ MUNDOS?

Enrique Nieto Fernández

Universidad de Alicante

Resumen

En este texto me aproximaré a la investigación en proyectos arquitectónicos como un pequeño lugar de acción atravesado por la siguiente pregunta: ¿cómo hacer posible una investigación a través de la arquitectura que movilice asuntos externos a la disciplina, aquellos que nos incumben a todos? Para avanzar una posible respuesta, podríamos definir la investigación académica como un espacio particular donde ensayar nuevas maneras de estar juntos a través de un conjunto de prácticas que se sitúan de manera explícita en la exploración de lo nuevo, lo contradictorio y lo diferente por venir. De este modo, la pregunta por la investigación en proyectos arquitectónicos avanzaría hacia cómo mejorar nuestras prestaciones como arquitectos y arquitectas desde un conjunto de prácticas cuya especificidad está sujeta a problematizaciones constantes. A lo largo del texto he intentado trasvasar algunas particularidades del proyecto de arquitectura al ámbito, quizás menos evidente, de la investigación en proyectos arquitectónicos. Es un ejercicio útil para establecer una cierta continuidad entre ambos dominios. Abordar las prácticas de investigación desde su capacidad instituyente, sus alcances políticos o su dimensión especulativa podría incrementar nuestra eficacia como investigadores a la hora de compartir un mundo como el nuestro. El texto se soporta sobre un enfoque caracterizado por un cuestionamiento de los modos de hacer de la Modernidad, auspiciado desde los estudios sobre la ciencia y personalizado en autores como Latour, Haraway, Braidotti o Stengers. De ellos me interesa su interés por enmarcar la investigación en asuntos que desbordan las competencias de sus respectivas disciplinas.

Palabras clave: Investigación en proyectos arquitectónicos, universidad, Antropoceno, ecología de prácticas, especulación

Abstract

In this paper I will approach the research in architectural design as a small place of action crossed by the following question: how to render possible a research through architecture able to mobilize critical issues external to the discipline, those that concern to all of us? In order to advance a possible answer, we could define academic research as a particular space aimed to try out new ways of being together through a set of practices that are explicitly situated in the exploration of the new, the contradictory and the different to come. At the same time, the question of research in architectural design would advance towards how to improve our performance as architects from a set of practices whose specificity is subject to constant problematizations. Throughout the text I have tried to transfer some particularities of architectural design practice to the perhaps less obvious field of research on architectural projects. It is a useful exercise to establish a certain continuity between both domains. Approaching research practices from their instituting capacity, their political scope or their speculative dimension could increase our effectiveness as researchers inside a world like ours. The text is based on an approach characterized by a questioning of the ways of making of Modernity, sponsored by studies on science and personalized in authors such as Latour, Haraway, Braidotti or Stengers. I am mainly concerned with their interest in framing research in matters that go beyond the competencies of their respective disciplines.

Key words: Research on architectural design, University, Anthropocene, ecology of practices, speculation

1. Introducción

La investigación en proyectos arquitectónicos tiene un problema de identidad. Anclados entre las Ciencias y las Humanidades, dedicamos tiempo a debatir sus *modos de estar* en el seno de las instituciones públicas. De modo similar, oscilamos con una cierta zozobra entre la antigua condición de escuelas autónomas y nuestra reciente incorporación a los protocolos de la Universidad. Como telón de fondo, la dificultad de poner en relación los asuntos de la arquitectura, la universidad y la investigación con los debates específicos de nuestro presente radical como serían el nuevo régimen climático, el crecimiento de las desigualdades o la multiplicación de las migraciones globales (Latour, 2018).

En este texto me aproximaré a la investigación en proyectos arquitectónicos como un pequeño lugar de acción atravesado por la urgente necesidad de pensarse al lado de estas y otras cuestiones. Con la alegría también de imaginarnos juntos y junto a otros muchos. Y es que a menudo me pregunto si nosotros y en este momento y en este mundo estamos a gusto con el conocimiento que producimos, o si por el contrario desearíamos otro tipo de conocimiento más transformador, más performativo, capaz de resistir a los dominios del presente, a la barbarie que viene (Stengers, 2015). La pregunta por la posibilidad de este otro tipo de conocimiento es la pregunta que me interesa: ¿cómo hacer posible una investigación *a través de* la arquitectura que movilice asuntos externos a la disciplina, aquellos que nos incumben a todos?

La conjunción de la crisis ecológica, la pérdida de centralidad de los colegios profesionales y la crisis financiera fijaron para este principio de siglo XXI un desmembramiento del tejido profesional de la arquitectura en España. A esto sumaríamos una perdida generalizada de legitimidad de las instituciones públicas para gestionar desde un cierto liderazgo los asuntos del presente. La Universidad ya no parece ser el punto de paso obligado de los asuntos que importan. El auge de las escuelas de arquitectura privadas o el progresivo desinterés de las empresas por los currículos formativos dan forma material a una desafección que se ha hecho fuerte en el interior de las instituciones públicas y que los esfuerzos profilácticos de la ANECA o el CNEAI encarnan con especial virulencia.

Sin embargo, la mayor parte de los diagnósticos no consiguen escapar de la nostalgia que naturaliza una posición de privilegio para la universidad (Llovet 2011, Readings 1996, etc.). Suelen tratarse de argumentos circulares poco útiles para pensarnos en el futuro, quizás porque no atienden a las condiciones insostenibles del presente compartido en que la universidad se inserta. Mientras tanto, la llamada “nueva institucionalidad” examina las causas de este declive y debate sobre las diferentes líneas de trabajo posible. Como explica Manuel Borja-Villel (2011), la confrontación entre lo público y lo privado basada en la asignación de la creatividad en exclusiva al primero ya no es verosímil. De la misma manera, tampoco lo es el entendimiento de lo público como un lugar privilegiado para la producción desinteresada de conocimiento al servicio de lo social. El paso de lo privado a lo público no es un paso neutral entre el yo y el nosotros. Se trata más bien de una invitación a participar de manera comprometida en las experiencias y relatos que se generan a nuestro

alrededor. A su juicio, es precisamente en este lugar situado entre el yo y el nosotros donde se puede realizar la esfera de lo común.

Desde esta óptica, la investigación académica podría entenderse como un espacio particular donde ensayar nuevas maneras de estar juntos a través de un conjunto de prácticas que se sitúan de manera explícita en la exploración de lo nuevo, de lo contradictorio, de lo diferente por venir en el ámbito de la arquitectura. A su vez, la pregunta por la investigación en proyectos arquitectónicos avanzaría hacia cómo mejorar nuestras prestaciones como arquitectos y arquitectas desde un conjunto de prácticas cuya especificidad está también sujeta a problematización y redescipción constante.

Con este texto propongo repensar la dimensión instituyente de la investigación en su calidad de conjuntos de prácticas, explotar el caudal político y subjetivador de los entornos y protocolos desde los que se enacta, así como reivindicar el carácter especulativo y afirmativo de sus producciones. Se trataría, en definitiva, de pensar la investigación en proyectos arquitectónicos como una práctica arquitectónica más, como una práctica de vecindad que nos instala en un relato fundante de altas prestaciones políticas y como un lugar para la resistencia ante las aplastantes emergencias del presente. O simplemente como un lugar donde la arquitectura se moviliza desde unos instrumentales diferentes a los del proyecto.

2. Las prácticas de investigación como laboratorios para un estar más juntos

En su reciente Teoría general de la basura, Agustín Fernández Mallo (2018) señala el gap irresoluble que existe entre teoría y experiencia. Lo interesante es que ese gap supone no solo un cierto límite estructural a nuestros humanos modos de conocer, sino sobre todo un lugar que puede ser explorado desde la creatividad que permite el encontrarse descentrado. Y es en ese debate donde se han centrado una buena parte de las discusiones recientes sobre la investigación en proyectos arquitectónicos, para averiguar en qué medida son investigación nuestros edificios o si la investigación en proyectos arquitectónicos es un asunto enclaustrado exclusivamente en el lenguaje escrito.

Sin embargo, no me parece útil permanecer en esta polarización excluyente entre extremos a los que no se ha preguntado si están a gusto en cada uno de sus lugares asignados. ¿Se siente la teoría realmente tan alejada de la experiencia?, ¿se considera la experiencia huérfana de toda teoría? Seguro que en ambos casos la respuesta es negativa. Y creo que para superar esta negatividad inherente a las dialécticas hegelianas podríamos comenzar desde otro punto de vista, aquel que no discute las distancias entre teoría y práctica, sino que profundiza en los marcos de posibilidad que instituyen desde dentro las propias prácticas de investigación. Para ello, pensémoslas como aquellos lugares-tiempo donde cada uno de los agentes que intervienen se ven invitados a salir de sí mismos y al encuentro de otros para trabajar la posibilidad de ser otra cosa juntos. El mundo, tal y como lo conocemos, se ha construido a partir de innumerables prácticas de este tipo donde el deseo y el riesgo

han sido también parte constitutiva del resultado. Desde esta óptica las prácticas serían espacios inseguros donde nos jugamos el llegar a ser, el futuro en convivencia con otros. Si desafectamos nuestras prácticas de investigación y las convertimos en meros lugares de paso para concentrarnos mejor en las ontologías de los lugares de origen o en la improbable bondad de sus producciones, habremos perdido el contacto cierto lo que podríamos llamar “la realidad”. La diferencia entonces entre el proyecto arquitectónico y la investigación en proyectos se localizaría en los ámbitos de posibilidad que los distintos conjuntos de prácticas abren, los distintos pactos para la discusión que establecen y las diferentes entidades que pueden llegar a convocar.

Isabelle Stengers (2005) lo explica bien al hablar de las prácticas como tecnologías de pertenencia que asumen la coexistencia y el llegar a ser juntos como su hábitat natural. Desde esta óptica, la eficacia de las prácticas de investigación no residiría tan solo en sus producciones finales, sino en el tipo de ecologías que despliegan, sus rituales, su capacidad de empoderamiento, su capacidad para hacernos hacer. De alguna manera, los inmensos retos del presente demandan de cualquiera de nuestras prácticas una gran capacidad para impulsar sus propias fuerzas y resistir las condiciones del presente. Solo así la investigación sobrevivirá como lugar donde merezca la pena estar. Solo así el conocimiento que produce será valioso. En algo así consiste el ser ecológicos.

Si esto fuera cierto, llegaríamos a la conclusión de que quizás no necesitamos tanto conocimiento, sino prácticas en torno al conocimiento que nos coloquen en mejor posición para afrontar los complejos retos del presente, especialmente aquellos que demandan un papel más actualizado a la institución universitaria, tan desfuturada por la desafección que nos propone Bolonia, la continuación por otros medios de una perspectiva mecanicista y reproductiva de más de lo mismo: Nosotros y el conocimiento como una máquina bélica y reproductiva en fuga hacia ninguna parte. Para Stengers, no es tan útil hablar de una economía del pensamiento, sino tan solo de la experiencia alimentando nuestra imaginación y de esta ecología de las prácticas en su calidad de instrumento para el pensamiento. No olvidemos que la forma de estos nuevos conocimientos no depende solo de nuestra implicación en estas prácticas como humanos racionales, sino como humanos en calidad de pertenecientes, de agentes obligados y expuestos por unos pactos previos de pertenencia. Para Stengers, este tipo de exigencias para nuestras prácticas aspiran a convertirlas en eventos cosmopolíticos, aclarando, eso sí, que estos no pueden ser alcanzados por ninguna argumentación discursiva alternativa.

La propuesta de una ecología de las prácticas de Stengers nos puede ayudar a superar la tensión irresoluble que detecta Fernández Mallo y que ha sido también diagnosticada desde numerosos debates postmodernos. En nuestro ámbito, esta discusión en ocasiones se ha orientado hacia la diferenciación entre los enfoques profesionalistas que presiden ciertas escuelas o los enfoques experimentales con los que se autonombra otras. Cuando analizamos las prácticas que ambas proponen, es sorprendente que demasiado a menudo no reconocemos grandes diferencias entre ellas en su calidad de prácticas. Es cierto que los contenidos cambian y obviamente las producciones que llegan a alcanzar los dominios de lo visible, pero la dimensión instituyente de sus prácticas no ofrece datos relevantes para imaginar un futuro

compartido que se relacione con los asuntos que nos competen a todos. Los roles de cada uno de los agentes que intervienen en ellas, las jerarquías, la hegemonía de lo visual, la desazón ante el error o la ausencia de didácticas específica son asuntos que a menudo permanecen recluidos en el currículo oculto. Pienso que esto es problemático, ya que pensadas desde su capacidad instituyente, las prácticas nos ofrecen un ámbito de posibilidad al que no podemos renunciar.

Podemos entonces problematizar, desde este punto precisamente, la condición claramente constituida de nuestras prácticas de investigación universitaria. Y asumir quizás su estado ruinoso. Y es que el interés por las prácticas tiene que ver con el reconocimiento del constante decaimiento, el deterioro como sustrato común propio de nuestro estar en el mundo. El falso ideal de estabilidad que nos proponía la Modernidad nos ha retenido durante demasiado tiempo en el lamento por un horizonte de perfección al que nunca acabamos de llegar. Nos cuesta asumir con plenitud nuestra condición de permanente llegar a ser. El trabajo sobre las prácticas supone una aceptación de lo que se hace y deshace constantemente, de lo que acontece y desacontece, de un armarse y rearmanse en el que nada se da por seguro.

La pregunta entonces por la investigación en el proyecto de arquitectura queda así reorientada hacia la pregunta por cómo estamos juntos cuando investigamos, quienes están con nosotros, qué políticas imperan en estas relaciones, qué economías, en qué medida se despliegan las subjetividades, en qué medida estas prácticas permiten redistribuciones alternativas de poder, hasta qué punto la especificidad del trabajo con el conocimiento en torno a la arquitectura permite articular las demandas del presente, cuáles son nuestros espacios, cómo se constituyen en laboratorios para la coexistencia, la disidencia, las formas de desacuerdo o la alegre performatividad.

Otro apunte más respecto del valor de las prácticas que quizás nos invite a pasar al siguiente epígrafe. A las producciones investigativas se les supone la novedad. Es un requerimiento específico el que verifiquen un aporte sustancial, un paso más en lo ya conocido. Sin embargo sus prácticas, en su calidad de dispositivos normativizados, estabilizados en el tiempo y diseminadas por todos lados por igual, aparecen como dispositivos inalterables, o al menos incuestionados. ¿Deben ser los protocolos de investigación iguales en Miami que en Myanmar? ¿Deben ser sus modos de verdad los mismos?

3. Investigación como lugar de acción política

La investigación universitaria es una práctica privilegiada, un lugar concreto desde el cual participamos en la coproducción del mundo. También una figura de enunciación particular donde las voces emergen en unos marcos de legitimidad cuyos pactos se testeán constantemente contra otras formas de estar en el mundo. Así pues, no es fácil pensar la práctica investigadora del proyecto como un hecho autorreferencial, recluida en los muros de la institución. No somos un hecho aislado, neutral, desvinculado. No podemos sentirnos clausurados en una confrontación dialéctica con las prescripciones de unos órganos de evaluación cuya eficacia nunca podrá ser verificada. Si el proyecto de arquitectura hace tiempo que está siendo

repensado desde las interacciones que propone, desde sus afecciones y sus efectos, lo mismo podemos exigir a las prácticas de investigación de la arquitectura.

¿Para quién investigamos? ¿A qué mundo nos referimos cuando nos referimos al mundo? ¿Solo nos escuchan nuestros pares, unos iguales a nosotros? Las preguntas por la dimensión política de la investigación, por su capacidad para participar en los debates del presente son más pertinentes que nunca. Para aproximarnos a ellas, podríamos imaginar que la arquitectura es precisamente una manera de ejercer la ciudadanía desde unas herramientas particulares. En su configuración histórica, el proyecto opera en proximidad a ese presente del que es muy difícil escapar. Es una peculiaridad de una práctica que se resuelve entre la abstracción y la pragmática (Cuff, 2012). Investigar en el proyecto arquitectónico es una oportunidad más para trabajar en esa dirección. El tópico habitual de que la tesis doctoral está destinada a dormir en un cajón habla de un alejamiento extraño de este tipo de prácticas respecto de los asuntos del presente, una distorsión cuyo origen podríamos situarlo entre algunos afanes autonomistas que aún perviven en la universidad (y probablemente solo allí), y las prescripciones desafectadas que propone la carrera universitaria. En cualquier caso hoy en día son cada vez más problemáticas las prácticas de investigación que se refugian en argumentos circulares o que no consiguen escapar de los límites hermeneúticos autoimpuestos.

A mi juicio, afirmar la dimensión política de la investigación exige situar histórica y críticamente nuestros métodos y sus resultados.

Históricamente podría significar cuestionar la flecha del tiempo, problematizar la idea de progreso ilimitado inherente a los métodos y producciones investigativas. Localizarnos en una cartografía del presente sin un vector de avance prefigurado, sino pendiente de ser o no llevado a cabo como proyecto vital compartido. Esa cartografía del presente exige posiciones y direcciones específicas, construidas colectivamente y configuradas en proyectos políticos concretos. El progreso no puede ser pensado ya como un atributo automático adquirido por el hecho de estar en el mundo, sino una propuesta que debe luchar codo a codo junto a otras propuestas por abrirse paso en la realidad a partir de una explicitación constante de su proyecto político, una exposición del cuerpo propio y una visualización de sus modos de producir comunidad.

Críticamente podría significar tomar posición respecto de unos marcos existenciales que superan los límites de la propia investigación, en un momento histórico dominado por la conciencia planetaria y la reflexión en torno a las formas de corresponsabilidad que podemos asumir. La arquitectura es una de las prácticas modernas por excelencia, quizás la que mejor articula los paradigmas que nos legó la Ilustración. La flecha del tiempo, la confianza en el progreso ilimitado guiado por una razón instrumental, son asuntos ampliamente estudiados en los debates en torno al cambio climático o al aumento de las desigualdades sociales en el mundo. Desde esta óptica podríamos pensar que investigar en arquitectura también es investigar con la arquitectura o incluso investigar *a través de* la arquitectura asuntos que en realidad nos competen a todos. Situar críticamente nuestras investigaciones podría suponer activar relaciones con estos asuntos, darles cabida en nuestras mesas de

trabajo, de manera que el retorno viniera no desde nuestros campos disciplinares sino desde aquellas controversias en las que nos jugamos nuestro futuro.

Este tipo de cuestiones parecen proponer la investigación como un modo particular de activismo, pero ¿es posible ser un activista a través de la investigación?, ¿qué implicaciones tendría para nuestra universidad? ¿estamos preparados?

A menudo, el problema de la investigación crítica consiste en fijar artificialmente los polos de una discusión y ver cómo se confrontan ambos. Es una cuestión metodológica. La dialéctica hegeliana estableció unos modos pensar que nos impiden escapar a la negatividad implícita en esta confrontación. Si pensamos la mujer exclusivamente en su calidad de una entidad que aún no ha llegado a ser hombre, estaremos clausurando los ámbitos de posibilidad de la mujer en los límites del hombre tal y como lo conocemos ahora. Esto ya nos lo enseñó el pensamiento feminista de los años 70 del pasado siglo. Necesitamos escapar a las dialécticas de oposición, a la dimensión crítica que se centra exclusivamente en denunciar el malestar del presente por una articulación dialéctica con los causantes probables de este malestar. Si queremos abrir el presente a más y mejores condiciones de posibilidad para un alcance político efectivo de nuestras prácticas investigadoras, nos va a interesar la posibilidad de pensar afirmativamente sobre un futuro que ya es tarea de todos.

Esta aspiración de un proyecto afirmativo que supere las limitaciones del pensamiento dicotómico es quizás la propuesta más ambiciosa del proyecto intelectual de Rosi Braidotti (2003, 2015). También recorre de manera menos explícita las apuestas teóricas de Donna Haraway. Se trata de personas que trabajan desde la investigación universitaria, pero sobre todo que hacen activismo a través de sus prácticas investigadoras. Personas y grupos de trabajo que están resemantizando la investigación desde su compromiso con un presente urgente y radical, abierto y optimista. A su vez, es a mi juicio el punto de partida de una propuesta crítica que da cabida a otras relationalidades alternativas, más inclusivas y capaces de lidiar con muchas de las pertinencias del presente. La propuesta afirmativa de Braidotti cuestiona el paradigma de las diferencias ontológicas sobre las que se asienta la Modernidad, por incorporar una negatividad y resentimiento insuperables. Si el bien aparece como respuesta al mal, la negatividad del mal estará siempre presente en la articulación del bien, por intenso que éste sea. Para pensar los problemas de un presente inabarcable necesitamos investigaciones orientadas hacia el futuro que no renieguen de los traumas del pasado, sino que los transformen en posibilidades para el presente. No el paraíso futuro, sino un “aquí y ahora” situado y más sostenible.

Para ello, la investigación como propuesta metodológica debería de ser capaz de redescubrir sus instrumentales para laboratorizar estas condiciones de posibilidad que reclaman no tanto una moral universal sino una ética sostenible que nos oriente a la búsqueda de un proyecto original de transformación. Y sin duda esto tiene que ver con los alcances de la especulación.

4. Investigar es especular

Anteriormente he propuesto atender a la dimensión instituyente y política de las prácticas en torno a las cuales se enacta la investigación. Como argumento de fondo ha aparecido el cuestionamiento del progreso ilimitado en su calidad de particularidad inherente a la especie humana. Es esta ausencia de certezas respecto del futuro la que nos lleva a formular ahora la necesidad de asumir el riesgo de especular sobre ese futuro al que estamos todos convocados. Entiendo que esta apertura a la especulación es problemática cuando hablamos de investigación. Todos hemos participado en conversaciones acerca de la mayor o menor objetividad de nuestras aportaciones, siempre próximas a las Humanidades. También acerca de la posibilidad de establecer criterios de legitimidad o de verdad duraderos y compartidos cuando hablamos del proyecto de arquitectura. Las ciencias sociales ya se tomaron muy en serio este debate casi desde su origen. Pero ahora han ocurrido otras cosas. El nuevo régimen climático ha cuestionado algunos aspectos de la ciencia como paradigma de nuestros modos civilizados de conocer y de relacionarnos con el mundo, probablemente por su falta de inclusividad de muchos otros en sus métodos. También por su dificultad para predecir los efectos de sus producciones. La investigación ya no parece postularse como un todo que avanza y nos ilumina con su infalibilidad, desprovista de historia y de política. Hoy en día preferimos imaginarnos en el mundo de otra manera. Estamos aprendiendo, por ejemplo, a valorar la dificultad de acotar los efectos de los hechos humanos a largo plazo o de dar voz a unos otros que se multiplican indefinidamente.

Es Stengers, de nuevo, quien ha reclamado insistentemente a la investigación que deje de pensarse como el cerebro racional de la humanidad, mientras rechaza categóricamente que se use su alta expertización y especialización como arma para clausurar los debates públicos en torno a sus resultados, cerrando así la posibilidad de imaginar colectivamente otros mundos, otros principios de verdad (Stengers, 2018). Tampoco estamos ya en condiciones de aceptar que el progreso científico es inevitable y que será capaz de resolver todos los problemas de la sociedad y de sus mundos. En su lugar, podemos pensar la investigación como un espacio también atravesado por la política, ya lo hemos visto, y capaz de especular sobre las condiciones del futuro en términos arriesgados y provocadores. Para Braidotti la tarea de las pensadoras y pensadores críticos sería entonces no sólo el establecimiento de unos argumentos lógicos que problematizan la realidad desde sus factores inmodificables, sino sobre todo la discusión sobre las condiciones favorables para el cambio social, arquitectónico en nuestro caso (Braidotti, 2018). Por lo tanto, no se trata solo de que la investigación se concentre en los aspectos seguros de nuestro presente, sino que se abra a la especulación sobre un futuro que se construye también a partir de nuestros instrumentales críticos.

En el ámbito de las ciencias quizás ha sido Dona Haraway quien con más énfasis ha planteado este asunto de la especulación como vía fundamental para una mejor producción corresponsable del futuro (Haraway, 2016). A su juicio, son la ficción y la especulación las que consiguen liberar a la realidad de la hegemonía de la racionalidad instrumental. Son las que mejor pueden tratar la realidad y el futuro como materias multiformes y abiertas a nuevas trayectorias. Se refiere por tanto a una cuestión de método. Y esto es más pertinente que nunca porque todavía podemos escuchar en

algunos foros que es la investigación la que se ocupa en exclusiva de la realidad, dejando a todo lo demás casi en los dominios de lo irreal inexistente. En este esfuerzo por tratar con el futuro Stengers nos invita a pasar de lo probable a lo posible, de aquello cuyos caminos de llegar a ser nos son conocidos y sobre los cuales podemos establecer hipótesis fiables, a aquello a lo que nos dirigimos por su condición de deseable, aquello que anhelamos aunque aún no sepamos cómo hacerlo viable. Este desplazamiento de la centralidad de la investigación de lo probable a lo posible convoca de repente cuestiones como la ética o los afectos, que solo son visibles cuando movilizados en asuntos concretos. Ambos son dos campos de trabajo fundamentales a la hora de repensar, desde esta óptica, cada una de las prácticas de investigación en la que nos vemos enrolados. Ambos se abren a todo tipo de relationalidades y proponen juegos de llegar a ser en todo tipo de escalas. No son asuntos nuevos, claro está. También han jugado un rol fundamental en la historia de la arquitectura, aunque a menudo la historiografía no haya estimado conveniente detenerse en ello.

Abrirse a la especulación implica por otro lado tocar el espinoso asunto de la evaluación, alterar los regímenes de poder que gestionan el propio acceso a lo real de muchas producciones. Evaluar, por ejemplo, la deseabilidad de nuestros resultados parecería algo impropiado si no fuera, porque en realidad ya está ocurriendo así. En ocasiones, estas y otras autoras hablan de la necesidad de suspender o al menos de posponer el juicio, de dejar que las cosas sean por un tiempo, y que nos saquen de nuestra zona de confort, que nos sorprendan con su persistencia o su extrañeza. Quizás deba la investigación en arquitectura aprender a convivir con extraños.

5. Modos de estar

Más allá de si los proyectos de arquitectura son o no investigación, lo cierto es que puede ser muy excitante abordar nuestra investigación reglada como una práctica diferenciada, dotada de sus propios espacios y protocolos, pero capaz de dar continuidad por otros medios a algunos rasgos deseables del proyecto arquitectónico. Esto es lo que he intentado hacer en este texto: trasvasar algunas particularidades del proyecto de arquitectura en su calidad de herramienta de intervención en la realidad al ámbito, quizás menos evidente, de la investigación en proyectos arquitectónicos. Es un ejercicio que me parece útil para establecer una cierta continuidad entre ambos dominios y para un mejor participar en las urgencias del presente. Abordar las prácticas de investigación desde su capacidad instituyente, sus alcances políticos o su dimensión especulativa podría incrementar nuestra eficacia como investigadores a la hora de compartir un mundo como el nuestro, atravesado simultáneamente por una gran multitud de asuntos. La conversión de las escuelas en entidades plenamente universitarias no debería significar tan solo una renuncia a lo que a “ellos” no les cuadra, sino también un aprovechamiento de las herramientas que históricamente han definido nuestra manera de estar en el mundo y que podrían ser útiles en un mundo que demanda ejercicios de corresponsabilidad por parte de todas las prácticas que tienen lugar. Es parte de nuestro bagaje.

He arrancado de un enfoque general caracterizado por un cuestionamiento de los modos de hacer de la Modernidad auspiciado desde los estudios sobre la ciencia

y personalizado en autores como Latour, Haraway, Braidotti o Stengers. De ellos me interesa su interés por enmarcar sus investigaciones en asuntos que desbordan las competencias de las disciplinas que tratan. La Modernidad y sus modos de relacionarse con la alteridad están siendo problematizados desde numerosos foros precisamente por su desafección respecto de otras epistemologías y modos de conformar mundo.

También los estudios feministas o los postcoloniales interpelan desde hace tiempo la hegemonía acrítica de unos modos de conocer basados en la descripción de unos “otros” que están fuera y que se conforman precisamente desde su negatividad, desde su imposibilidad de ser lo que los primeros son. La pretendida objetividad de las producciones científicas ha excluido a menudo de sus debates las producciones de los otros y sus sensibilidades incómodas. También ha querido ocultar en ocasiones la dimensión política de la investigación, aquella que se preocupa de los efectos de nuestras producciones y que se sitúa con persistencia en las controversias del presente. Este escrito se quiere alinear con este tipo de esfuerzos orientados a repensar las prácticas de investigación desde su condición relacional. Reconocer que hemos jugado durante demasiado tiempo con cartas marcadas no debería suponer un problema para la investigación sino todo lo contrario, una oportunidad de repensarnos en contextos de mayor justicia social y ambiental.

La pregunta por la investigación es también una pregunta por la institución universitaria. En todo momento me he querido circunscribir al ámbito de la investigación reglada que sucede en el seno de la universidad. Evidentemente no es el único lugar donde se investiga. Mucho menos es el único lugar donde se produce el conocimiento, faltaría más. Pero sí se trata de un laboratorio particular seriamente amenazado por los excesos del capitalismo neoliberal y por unas dificultades endémicas de la universidad y de las escuelas de arquitectura para repensarse en contextos siempre cambiantes. En este sentido, convendría que estuviéramos atentos a la dimensión reproductiva de nuestras instituciones, ya que es a lo que dedican gran parte de sus desvelos. Sobrevivir, aguantar el paso del tiempo, preservar los privilegios adquiridos. Me gustaría pensar que es posible otro tipo de resistencia que arrancaría de posiciones más próximas a la que nos proponen los autores y autoras que de manera informal he citado. Esta resistencia es la que nos puede hermanar con otras disciplinas u otros asuntos, sin duda, y esto también es una oportunidad que tenemos que aprovechar.

La universidad es quizás la institución más representativa de la propuesta epistemológica derivada de la Ilustración. La investigación universitaria constituye la enactación específica del imperativo ilustrado por conocer más y mejor. Es el lugar donde este mandato aparece naturalizado y, por lo tanto, aproblematíco y desafectado. Sin embargo, hoy en día cabe preguntarse si el mandato por conocer sigue siendo tan relevante como antaño, si sigue siendo útil ampliar los límites del conocimiento humano, o incluso si es todavía viable el proyecto de conocer exclusivamente a través de la razón instrumental. Estas preguntas son sin duda incómodas. El interés mostrado por las prácticas creo que consigue desplazar estas dudas razonables y nos puede permitir pensar más afirmativamente sobre aquello sobre lo que tenemos acceso y capacidad de transformación.

También es cierto que preocuparse por las prácticas implica de algún modo despreocuparse de la institución. Las horas son las que son. No tengo claro que la gestión universitaria sea el lugar donde ejercer hoy en día ningún tipo resistencia eficaz. Creo que son otros los lugares de acción. También está implícita en estas líneas la duda sobre si puede ser la investigación un recorte de la realidad, un espacio de excepción (Agamben, 2004). Y si podemos seguir reclamando la universidad como un lugar sin condiciones (Derrida, 2012; Fry, 2012). En su momento me pareció arrebatadora la propuesta de Derrida, pero han pasado demasiadas cosas estos años. Hoy en día pienso que esos afanes autonomistas ya no son viables.

También podemos extender este tipo de preguntas a la investigación en proyectos arquitectónicos: ¿es todavía útil el profundizar en las pequeñas fisuras de la obra de Le Corbusier, manteniéndonos ajenos a lo que nos está pasando hoy en día, sin actualizar sus contenidos? A lo largo de todo este texto, pero también a lo largo de mi vida académica, he intentado acercarme a la pregunta acerca de si la investigación es el lugar donde se perpetúa el status quo, o si por el contrario puede ser el lugar donde se ensaya lo nuevo por venir. Es un privilegio de la universidad el poder verbalizar y compartir estos esfuerzos.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción: Homo sacer, II, I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2004.
- Borja-Villel, Manuel. «Hacia una nueva institucionalidad». *Revista Carta*, Primavera-Verano de 2011.
- Braidotti, Rosi. *Por una política afirmativa. Itinerarios éticos*. Cla.De.Ma. Barcelona: Ed. Gedisa, 2018.
- Cuff, Dana. «Introduction: Architecture's Double-Bind». En *The SAGE Handbook of Architectural Theory*, 385-92. London; Thousand Oaks, California: SAGE Publications, 2012.
- Derrida, Jacques. *Universidad sin condición*. [Madrid]: Editorial Trotta, 2002.
- Fernández Mallo, Agustín. *Teoría general de la basura: (cultura, apropiación, complejidad)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.
- Fry, Tony. «Futuring the University». *Journal of Contemporary Educational Studies*, n.o 3 (2012): 54-66.
- Haraway, Donna J. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press, 2016.
- Latour, Bruno. *Down to Earth. Politics in the New Climatic Regime*, 2018.
- Llovet, Jordi. *Adiós a la universidad: el eclipse de las humanidades*. Barcelona: Galaxia Gutenberg : Círculo de Lectores, 2011.
- Readings, Bill. *The University in Ruins*. Cambridge, Mass.; London: Harvard University Press, 1996.
- Stengers, Isabelle. *Another Science Is Possible: A Manifesto for Slow Science*. Cambridge, UK: Polity, 2018.
- Stengers, Isabelle. «Introductory notes on an ecology of practices». *Cultural Studies Review* 11, n.o 1 (marzo de 2005): 183-96.
- Stengers, Isabelle. *In Catastrophic Times. Resisting the Coming Barbarism*. Critical Climate Change. Open Humanities Press/Meson Press, 2015.